Las Provincias de Levante

Año XII.-Núm. 3364 | Murcia 15 Abril de 1897 | Tres ediciones diarias

Edicion de la noche-15 Abril

LAS PROVINCIAS DE LEVANTE

SE PUBLICA TODOS LOS DIAS DEL AÑO

LA REDENCION

Grande, como la magestad infinita de Dios; alto como los cielos; profundo como los abismos; ancho como la inmensidad; y largo como la eternidad, es el misterio de la Redencion: por eso la Redencion es objeto de las esperanzas de todos los siglos: motivo de la reparacion de todos los quebrantos de la humana naturaleza, faro que alumbra todas las obscuridades de la historia; solucion de todos los pretendidos conflictos de la razon y de la revelacion de la gracia y de la libertad, y cadena de oro que entrelaza á la criatura y al Criador, á los cielos con la tierra.

Ninguna dificultad habia para Dios en la creacion: porque el poder creador era único y única su voluntad: pero luego que el hombre fué sacado de la nada con el mundo, hubo en presencia de la Soberania Divina un sér activo, libre, inteligente, capaz de poner resistencia á la libre voluntad de Dios, y de crear una cosa á Dios imposible: el mal, el pecado. El mal existió por la voluntad del hombre y la sabiduria infinita habló enfrente de ese obstáculo para la glorificacion de su criatura. Hasta entonces, todas sus operaciones habian tenido por principio y por regla, la bondad: la bondad le sacó de su eterno reposo y la bondad le inspiró el universo.

Luego que fueron precio de su obra la ingratitud y la rebelion, se levantó otro sentimiento en Dios, sentimiento eterno como su esencia, pero que no habia tenido su aplicacion: la justicia. La justicia es la aversion al mal: es el sentimiento de la bondad ultra jada y el arma que la defiende contra la maldad: si Dios no fuera justo, no seria bueno. Pero el mal no es solo un acto contrario á la bondad divina, que está en Dios, que es Dios; es tambien el sér que lo comete libremente y que se separa de Dios, fuente única de bien: el mal es el malo, y Dios odia al malo porque odia el mal. De suerte, que la ley de la reparacion del hombre no podia sacrificar la justicia: para salvar al hombre, preciso era salvar la justicia.

Pero el hombre culpable, objeto del odio de Dios, por la forma maléfica de que le viste el pecado, es al fin criatura de Dios, obra de sus manos, que le formaron, le dotaron de inteligencia y de amor, y le predestinaron à la participacion de su felicidad, y bajo este punto de vista, el hombre es objeto de amor; el culpable es un hijo rebelde; pero un hijo: su cuerpo, su alma, son una cosa preciosa, una obra maestra de la sabiduría infinita; Dios descubre en ella aun bellezas que no han perdido un resto de grandeza, siempre dulce á la vista de un padre, algunas virtudes tal vez, aunque inferiores y sobre todo la esperanza de volverle à conducir á el á fuerza de amor.

Es verdad que la justicia demanda castigo del culpable: pero el amor grita en el corazon de Dios al mismo tiempo que la justicia, y si ya no es el amor virgen que se dá antes del ultraje, él es amor que exaltado por la ingratitud quiere ir más allá, escederse á sí mismo, para coronarse con la gloria de haber triunfado de todas las ingratitudes. Por esto en la ley que preside á la reparación del hombre, debe manifestarse con la justicia, el amor; pero el amor de Dios superior al de la creación, el amor bajo una forma nueva, el amor infinito sobrepujando la infinidad de la humana ingratitud y consumiendo por decirlo así, todas las fuerzas del poder infinito.

Mas aun: para que la redencion del linage humano se verifique, es preciso que concurra tambien la libertad; porque si se priva á la libertad de tomar parte en esta obra de su propia reparacion, sería una víctima de su salvacion; la reparacion no le seria imputable: y si era entonces obra del amor, no lo seria de la justicia: de suerte que la redencion, á diferencia de la creacion, en la cual la bondad de Dios obraba sola, debia tener por cooperadores la justicia, el amor y la libertad.

Ya se vé que la obra era grande y complicada En el dia del nacimiento universal, Dios no tuvo que hacer otra cosa que poner su poder á disposicion de su bondad y decir esta palabra tan sencilla como infalible—*fiat:* ahora para obrar el universal renacimiento del hombre, compendio de toda la creacion, tenia que cooperar con tres elementos llenos de resistencias: la justicia que odia al culpable: el amor que le atrae: la libertad que puede hollar la justicia y despreciar el amor.

Era necesario encontrar un punto en donde se reconciliasen estas tres cosas; un no sé que, que las reuniese en un solo acto capaz de salvar al género humano. Y bien, ¿conoceis un nombre, una entidad, una idea, que sea á la vez la mas alta manifestacion de la justicia que castiga, del amor que perdona, de la libertad que acepta la justicia y adora en ella al amor? Levantad los ojos al cielo, y entre todos los astros buscad, si hay uno que os revele el secreto de vuestra salvacion, lo que puede hacer Dios para purificarlo todo, regenerarlo todo y repararlo todo. Bajad, luego á la tierra, preguntad á los hombres del saber, interrogad á las criaturas todas, consultad á las historias de los pueblos, y ved si encontrais quien os diga el modo misterioso de reanudar vuestras relaciones con la Divinidad ofendida, de atraer á Dios con los tesoros de su amor sobre el hombre culpable. Sí, sí, existe esa cosa misteriosa, soberana, incomparable redentora del mundo, que es á un mismo tiempo espada de la justicia de Dios, sonrisa de su amor, y eleccion de un corazon perfectamente libre: oid su nombre, inclinad ante ella vuestra frente: ¡es la muerte del Hombre-Dios!

La obra maestra de la justicia, es la muerte; porque la *muerte,* dice el Apostol, *es el salario del pecado.* La mas grande manifestacion del amor infinito, es la muerte de Jesucristo, porque *entonces probó Dios el amor que al hombre tiene,* dice San Juan, *cuando entregó á su Hijo á la muerte.* Y el acto mas noble, mas grande y magnífico que ejerció jamás la voluntad humana, fué el de la aceptacion de la muerte, cuando Jesús Hombre verdadero, *se ofreció voluntariamente* víctima de la justicia infinita, y para satisfacer las exigencias del amor Divino.

Un día, mientras los pueblos ofrecian sacrificios á *los dióses inmortales,* en medio de la unánime aclamacion de todos los hombres, que no habian encontrado otro apellido mas digno de los Dioses que el de inmortales, una voz desconocida cruzó de Oriente á Occidente toda la tierra y trajo al mundo una noticia que le llenó de espanto: ¡Dios ha muerto! ¡Dios ha muerto! ¡Murió ayer en la cima del Calvario! ¡Le crucificaron hombres endiablados! ¡Murió rogando perdon para el mundo! Le hemos visto y damos testimonio de la verdad.

La justicia de Dios miró ya satisfecha sobre la tierra: el amor infinito desbordándose desde el calvario en donde habia muerto la víctima divina se esparció por el mundo y arrebató en transporte de júbilo inefable las almas, y los pueblos dando de mano á sus idolàtricas superticiones sintiéronse felices con vestir la librea de siervos del crucificado.

Dios ha muerto, y así su arbol que se llamaba *arbol de la vida,* fué ocasion de la muerte universal: otro arbol el *arbol de la muerte* el arbol en que murió el mismo Dios, el arbol de la cruz es la fuente de la vida de la redencion y de la gloria. ¡Dios ha muerto!, y como esta palabra era inaudita, operó inaudita revolucion en el individuo, en la familia y en la sociedad. ¡Dios ha muerto!, y como esta frase suponía una transformacion radical en las relaciones entre Dios y el hombre, la santa revolucion invadió los cielos y la tierra: el hombre no amaba á Dios y amó á Dios: el hombre no amaba al hombre, y amó al hombre: fundose en la tierra el reino del amor; del amor que busca la cruz; que desea el sacrificio; que quiere morir por Jesucristo, inmolado y muerto por el hombre. ¡Dios ha muerto! y del pié de la Cruz en donde espira, surgen diez y nueve siglos con sus ejércitos de Apóstoles, de martires, de vírgenes, servidores de todas las humanas debilidades y legiones de seres que se consagran al alivio de todos los dolores; y mientras rueden sobre nuestras cabezas los cielos, y la tierra sea morada del hombre, no hay, no habrá fuente mas pura, manantial mas fecundo de belleza moral, de virtudes, de heroismo y de santidad, de redencion y de gloria, que la muerte del Hombre-Dios.

FÉLIX SANCHEZ.

JESUCRISTO DIOS

Decia Jesús á los escribas y fariseos en los momentos mismos en que tramaban su muerte: «*Si os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?* habeis visto con vuestros propios ojos los prodigios y maravillas que contínuamente he obrado en favor vuestro: enfermos incurables á quienes he dado la salud: paralíticos que al soberano imperio de mi voz recobraron el uso de sus miembros: ciegos de nacimiento que abrieron los ojos y sanaron, al ungirles con un poco de saliva; y Lázaros por mí resucitados; y tantos muertos á quienes instantáneamente he vuelto á la vida.

Vosotros habeis visto que con cinco panes y dos peces, yo he dado de comer á multitudes inmensas en el desierto; y he arrojado al demonio del cuerpo de infelices posesos, y he derramado por todas partes vida y salud; y os he dado á la vez preceptos y consejos de celestial sabiduria: y he pasado, como veis, mi vida, favoreciendo y haciendo bien á todos... ¿por qué, pues, habeis de dudar de la mision divina que el Padre me ha confiado? Si os digo la verdad ¿por qué no me creeis?

¡Oh! es que estaba encarnado el espíritud del mal, en aquellos hombres de dura cerviz y corazones incircuncisos: no cabia en sus obstinadas frentes que aquel humilde Jesus pudiera ser su Mesias esperado, y por complemento verdadero Dios; y negaron con satánica soberbia el augusto misterio, por la especiosa razon de no poder entenderlo ó compenetrarlo. Sabian perfectamente que la fé en Jesucristo Dios venia siendo el único y exclusivo objeto de todas las profecias desde el principio del mundo: sabian que habian terminado las memorables semanas del profeta Daniel; que el cetro de Israel habia ya salido de la tribu de Judá, como lo habia anunciado Jacob, y que en Jesus convenian hasta en los mas pequeños pormenores todos los vaticinios..... nada de esto era bastante para avivar la fé de aquellos hombres obstinados y ciegos; y cuando no tenian razones, ni sabian qué contestar al Salvador, recurrian al grosero insulto, llamándole Samaritano, ó á la fiera persecucion de la fuerza bruta, que es el supremo argumento de los malvados y necios.

No se ha extinguido aun por desgracia, la degradada raza de los escribas y fariseos. Dura y se ha perpetuado en tantos incrédulos, que se dicen filósofos, para combatir á Jesucristo Dios: se extiende y propaga en tantos y tantos, que aun persuadidos de la excelencia de su doctrina, no se atreven á abrazarla y seguirla, por creerla impracticable: se acercan alguna vez á sus misterios y huyen despavoridos, porque superan á la capacidad de su entendimiento, y no los compenetra su pobre razon; y como las cosas suelen caer por donde se inclinan, se apartan y hasta repudian los santos sacramentos; y viven y se mueven en el mundo tropezando ahora y cayendo despues, sin la fé divina que alumbra los caminos de la vida, y sin levantar los ojos al cielo para mirar á Dios.

¡Oh Señor! yo no pretendo sondear el abismo de vuestros misterios, ni acercarme siquiera á ellos sin la luz hermosa de la divina fé. Pero consentidme que os adore en mi pequeñez cuando os contemplo crucificado; y que os adore con la frente clavada al polvo de la tierra, en los altísimos misterios de nuestra redencion; y que me acerque à vos, porque sé yo que estais con los brazos abiertos para recibirme; y me consolareis en mis aflicciones, y dulcificareis las penas de mi alma, y me hareis feliz, si por acaso no lo fuera en el mundo.

¡Oh Señor! ¡Qué espantosa soledad seria esta, si en las amarguras de mi vida, yo no os encontrara cuando os busco, ó en el retiro de mi hogar al caer de rodillas ante vuestra sagrada imágen, ó en vuestro santo templo, ó en el mil y mil veces bendito Sacramento del altar! ¡Qué espantable soledad la mia, si al ir á buscaros, no os encontrara yo, yo que tan solo vivo, pero tan agradecido á vos por lo muchísimo que me favoreceis!

Dadme, Señor, hasta el fin de mi vida el don precioso de la fé; la fé de mis padres que tan buenos eran; la fé de aquellos hermanos mios que vivieron y murieron con vos; la fé en todos vuestros misterios y sacramentos; la fé divina en vos Jesus mio, mi Redentor y Salvador; la fé en el Santísimo Sacramento de vuestro amor, con que ahora nutro y sostengo mi alma, y que será luego por vuestra infinita misericordia, el precioso alimento y seguro *viático* para ir abrazado à vos en el largo y siempre espantable viaje de la eternidad.

Ildefonso Montesinos.

Una..... Lamentacion y Una..... Jaculatoria.

Los Hebreos, viviendo en un pais calidísimo, hablaban, vestian y tenian costumbres como lo exigia el medio ambiente en que se hallaban.

Pronunciaban con grandes aspiraciones, como los árabes, y nuestros andaluces; vestian holgada túnica, calzaban amplia sandalia y, sintiendo suma languidez en sus miembros á causa del excesivo calor, cuando no estaban de pié, no diré que estaban acostados, pero adoptaban un término medio, entre la posicion vertical y la horizontal: sentados, se recostaban sobre una mesa ú otro mueble, apoyandose sobre el codo; esto, principalmente en los convites.

Con estos antecedentes, facilmente se comprende lo que segun San Mateo, capitulo XXVI de su Evangelio, hizo la Magdalena en obsequio del Divino Maestro.

Hallábase convidado en casa de un tal Simon, entendido por el *Leproso,* recostado en la mesa á la usanza hebrea; llegó una mujer inmortalizada por el Evangelio y vertió sobre la cabeza del Redentor, *un vaso de alabastro de ungüento precioso, de nardo puro,* dice San Juan, capitulo XII, y *se llenó la casa del olor del ungüento.*

Esto lo presenció el *economista* de aquella, entonces microscópica sociedad: Judas; é interesándose por la *democracia,* digamoslo así; por los pobres, murmuró diciendo: *¿á que este derroche?* ¿UT QUID PERDITIO HOEC? Pudo haberse vendido esto y dárselo á los pobres.

Jesus, aceptando el acto de piadoso culto que le tributaba la hermana de Lázaro, y reprendiendo á Judas, que habló así, dice San Juan en el capitulo citado, no porque se cuidase de los pobres, *sinó porque era ladron,* SED QUIA FUR ERAT, contestó: *¿Paraqué molestais á esta mujer, si ha hecho una obra buena? Siempre teneis pobres con vosotros, á mi no me teneis siempre.*

II

Pasaron diez y ocho siglos, y surgió otra vez la raza de aquel economista que resultó en el apostolado de Jesús.

Los fieles, deseosos del explendor del culto divino y del socorro de los pobres, habian derramado, como la Magdalena, riquezas en la Iglesia, en el transcurso de esos diez y ocho siglos: y esta esposa de Cristo, con esas riquezas, levantó templos, construyó asilos, fundó universidades y centros de instruccion, construyó conventos y casas de retiro.

De los templos, subian miles de plegarias al cielo; en los asilos, se bendecia á Dios y á la caridad cristiana; en los establecimientos docentes se daba al pobre y al rico enseñanza *buena y barata*; los conventos, eran refugio y fomento de las artes y de las ciencias, y despensa abierta para todos los necesitados.

Y si los bálsamos de la Magdalena llenaron de olor aquella Casa, el empleo que se daba á los bienes de la Iglesia, producia virtudes y perfumaban al mundo y subian, como el humo del incienso, hasta el trono de Dios.

Pero vinieron los imitadores de Judas, vendedor hasta de Cristo; se escandalizaron como este, y llevaron á mal que la Iglesia fuese rica; quisieron desmentir la promesa de Cristo, *siempre tendreis pobres,* calamidad eterna que nadie sabe atenuar, más que la Iglesia; se *incautaron,* frase ya hecha, de sus bienes, se empobreció la Iglesia, con perjuicio de su independencia, y los pobres quedaron pobres; pero sin la humildad y resignacion de antaño; sin la pobreza de espíritu que enseña el Evangelio; antes bien, con esa arrogancia que les han sugerido el vicio y las malas doctrinas y los ha hecho la amenaza constante de la sociedad moderna; pues han conseguido que olviden aquella sentencia consoladora del Divino Maestro en la montaña: *bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.*

Ni quieren ni piensan en este reino; quieren y no olvidan el de la tierra; y para ello, desde esas fábricas y talleres, muchos de ellos establecidos en los que fueron lugares santos de oracion y de retiro; desde esos sitios amenazan, porque han perdido las convicciones y el freno de la religion, como los esclavos de la antigua Roma, con subirse al monte Aventino del anarquismo.

III

Nadie, ni otro más que ese Dios-hombre que adoramos en las urnas santas de nuestros Monumentos, puede infundir en los pechos de los ricos y de los pobres, justicia, caridad, amor y resignacion. Por ningun derrotero marcharán pacíficos y en bienanza los pueblos, como no vuelvan à la *via* que El les trazó; pues que no solo se llamó verdad y vida, sí que tambien *camino.*

¡Oh! y que hermosamente describe la Iglesia los beneficios de la Redencion, que nos trajo Cristo Jesús. Se asemeja á una esposa que arrebatada del amor á su esposo, cántale endechas que parece se salen de la conveniencia.

Solo así se explica, que el Sábado Santo diga cuando se canta la Angélica: *De nada nos aprovechára que Cristo naciera, si no nos hubiese aprovechado para nuestra redencion. ¡Oh! inestimable honor de tu piedad para con nosotros. ¡Oh admirable predileccion de caridad, que para redimir al siervo, entregas á tu hijo!*

Tan alto raya el entusiasmo de la Iglesia ante la grandiosidad de la Redencion, que canta en ese día: *¡Oh, en verdad pecado necesario de Adan, que se borró con la muerte de Cristo! ¡Oh, dichosa culpa que mereció tal y tan grande Redentor. ¡Oh, noche feliz en la cual Cristo resucitó de los infiernos!*

Esta es aquella noche, de la cual *estaba escrito: Y la noche iluminará como el dia;* y la noche será ilumina-